

“¿Hay algo más claro, pregunta el P. Monsabré, que esta frase?”

“Ciertamente, responde, hay algo más claro: es el original que jamás debe perderse de vista, cuando se trata de interpretar una traducción.”

“Calcando las palabras del griego, continúa diciendo el P. Monsabré, con precisión en cierta manera matemática, el latín de la Vulgata no ha podido vertir las formas comparativas y elípticas de que se vale el original. Por un piadoso exceso de buena voluntad, se aparta del sentido: á nosotros nos corresponde no oprimirlo brutalmente. Tomando en cuenta un cambio de acento, tanto más fácil de suponer, cuanto que los manuscritos originales no lo tienen, daremos al texto latino un sentido equivalente al del texto griego, á saber: Este primer empadronamiento fué acabado más tarde por Cyrino, Gobernador de Siria.”

Puede escogerse libremente cualquiera de estas diversas interpretaciones.

“De todas maneras, concluye el P. Monsabré, San Lucas escapa á la contradicción histórica que se le imputa.”

Hemos examinado, en los precedentes artículos, el argumento más serio que el racionalismo aduce contra el testimonio evangélico, por el lado histórico.

La dificultad más seria que presentan los racionalistas sobre que el Evangelio está en oposición consigo mismo, es la de las genealogías de San Mateo y San Lucas.

Los dos Evangelistas dan la lista de los antepasados de Jesús.

Las dos series, de acuerdo, desde Adán hasta David, difieren, á partir de la generación siguiente: Según San Mateo, Jesús desciende de David, por Salomon y de los Reyes de Judá. Según San Lucas, por Nathan y una serie de personajes, la mayor parte desconocidos en la historia del Antiguo Testamento.

En cada una de las generaciones, están nombrados Salatiel y su hijo Zorobabel, pero el padre del primero, y el hijo del segundo, respectivamente, tienen nombres diferentes.

El racionalismo, marchando sobre las huellas de Celso y de Porfirio, declara que las dos genealogías son absolutamente inconciliables, y que,

por consecuencia, las dos, ó alguna de ellas, por lo menos, son falsas necesariamente.

Esto, que parece extraño á primera vista, es decir, el que dos Evangelistas presenten genealogías tan diversas, en el fondo no presenta dificultad alguna.

La ley judía ordenaba que cuando un esposo moría sin hijos, se uniera su viuda en matrimonio con el pariente más próximo del marido muerto.

El hijo que nacía de este matrimonio, tenía, según la misma ley, dos padres: uno, el natural, y otro, el legal, es decir, que el hijo del segundo marido, según la naturaleza, era hijo del primer marido, según la ley.

“Evidente es que si este hecho se reproducía dos veces en el espacio de mil años, lo que nada tiene de extraordinario, dice el P. Monsabré, debe haber dos líneas totalmente diferentes, según que se siga el orden natural ó el orden legal.”

San Mateo, según los intérpretes, presenta la genealogía de Jesús, siguiendo el orden natural, y San Lucas, adoptando el orden legal.

Esto explica la desemejanza de ambas genealogías.

Otros intérpretes, graves y eruditos, enseñan

que San Mateo consigna la genealogía de José, padre putativo del Salvador, y San Lucas, la genealogía de la hermosa Virgen de Nazareth, Madre de Jesús.

Cada uno de estos dos sistemas, dicen los autores del “Diccionario Apologético,” tiene sus probabilidades: la hipótesis racionalista, al contrario, es improbable en alto grado. ¿Qué interés, en efecto, preguntan los citados autores, podía tener San Lucas en inventar esa larga lista de nombres, diferentes de los que había dado San Mateo?

Si conocía la genealogía de éste, todo le aconsejaba que la transcribiese tal como aparecía en aquel Evangelio: si no la conocía, ¿por qué habría supuesto una, según la cual, los reyes de Judá no se contaban entre los antepasados de Jesús?

Estas dos objeciones de detalle, son las más serias que opone el racionalismo: no es necesario examinar las otras.

Más graves son, sin duda, las objeciones de conjunto, que pueden reducirse á tres: aislamiento, transformación y corrupción de las narraciones evangélicas.

Estudiemos la primera.

Los cristianos, al par que los que no llevan tan

glorioso título, reconocen, sin esfuerzo, que de todos los acontecimientos que se han realizado en el mundo, no hay otros, ni más solemnes ni más importantes, que el nacimiento, la vida, los milagros y la muerte de Cristo.

No hay, en consecuencia, acontecimientos que hayan debido recogerse con más apresuramiento y con más cuidado por los hombres capaces de manejar una pluma y de escribir una historia.

Y sin embargo, dice el racionalismo, nadie ha hablado de esos acontecimientos más que los discípulos del Galileo, á quien ellos reputaban un Dios hecho hombre.

Su historia, agrega el racionalismo, hundida en un aislamiento siniestro, invoca, en vano, el testimonio de sus contemporáneos.

¿Qué partido tomar, pregunta, entre las narraciones maravillosas de sus oscuros biógrafos y la sombría tranquilidad de aquellos á quienes debería conmover tanta gloria?

Tal es la objeción.

Más bien que un argumento contra la veracidad del Evangelio, el silencio de los contem-

poráneos, es la prueba más brillante de la verdad que guardan sus páginas.

Ya lo hemos hecho notar antes: entregados á la publicidad los libros que escribieran los Evangelistas, natural era que si ellos contenían errores habrían sido combatidos sin piedad por todos aquellos á cuyas manos llegaban.

Sin embargo, tomemos la objeción tal como se presenta, sin tener en cuenta la circunstancia que acabamos de enunciar y que es decisiva, ante la luz de la sana crítica, para demostrar la sinceridad de las narraciones evangélicas.

La historia de Cristo, referida por los Evangelistas, no lleva la nota de aislamiento que el racionalismo supone: es, al contrario, la historia menos aislada que se conoce.

No es un hombre el que la ha escrito: cuatro hombres, á la vez, describen los acontecimientos que han tenido ante sus ojos.

Las costumbres de esos escritores, sus virtudes, su carácter, la sencillez de su palabra, su ignorancia misma, atestiguan que son sinceros.

Con maravillosa precisión están de acuerdo en la substancia de los hechos, y poseen, en el más alto grado, todas las cualidades que el Juez más se

vero puede exigir de aquellos cuyo testimonio aquilata.

Este primer hecho, que nadie puede negar, condena desde luego la objeción, porque en ninguna parte, ni en ningún siglo de la antigüedad, se pueden encontrar cuatro historiadores que escriban al mismo tiempo, sobre el mismo objeto y con la misma armonía.

Los racionalistas agregan que el testimonio evangélico está aislado, porque ni los Judíos ni los paganos refieren lo que en el Evangelio aparece descrito.

Esta observación, á ser verdadera, es decir, á ser cierto que no debe admitirse lo que un historiador refiere, cuando él lo refiere solo, echaría por tierra el fundamento mismo del testimonio de la historia.

Nadie pone en duda la autoridad de Tácito y de Suetonio, y, sin embargo, á ser cierto el principio de los racionalistas para atacar el testimonio evangélico, sería necesario desconocer los hechos que aquellos autores refieren.

Tácito y Suetonio no dicen los dos la misma cosa, y para muchos hechos que ellos refieren, su testimonio está aislado.

Tácito, con un estilo que silba como una hoja de acero, nos presenta la vida pública de los Césares y Suetonio que penetra hasta la alcoba de éstos, nos revela con sus frases disolutas sus pavorosos misterios.

¿Pero Tácito y Suetonio, han dicho la verdad?

¿No escriben sangrando aún su corazón por la herida de una desgracia? ¿Su alma llena de amargura y de hiel no había pretendido desahogarse en injusta difamación?

Por otra parte, Suetonio no dice todo lo que dice Tácito, ni Tácito todo lo que dice Suetonio. ¿Debemos entonces negar la existencia de los Césares de Roma? ¿Debemos considerarlos piadosos, magnánimos, buenos, castos, admirando á la capital del mundo por sus virtudes?

Si el principio del aislamiento invocado por el racionalismo es cierto, preciso es convenir que el testimonio histórico queda destruido.

Además, bien se explica que muchos escritores de la antigüedad no se hayan ocupado de la vida de Cristo.

Arriano que escribía la historia de Alejandro el Grande, dice el Padre Monsabré, no podía convenientemente introducir en ella á Jesucristo.

Apiano, que no hizo mención de Judea en su descripción del Imperio Romano, debía naturalmente omitir la vida del más ilustre y el más santo de los Judíos.

Filón, que componía sus obras en Egipto antes que la historia de Jesús fuera bien conocida de todos, no estaba obligado á adivinarla.

Los judíos y los paganos, instruidos en los hechos evangélicos, no podían hablar de ellos con honor sin condenarse.

Flavio Josefo, por este motivo, tenía que callar, y Suetonio y Tácito juzgaban más cómodo despreciar *á esaraza de hombres*, como ellos la llamaban, *de una superstición nueva y nociva, á esa inmensa multitud, convencida de odio al género humano*.

La ciencia y la literatura, continúa diciendo el Padre Monsabré, no dan á los que las poseen la sencillez de los niños, ni el noble valor para pasar de la vida fácil y voluptuosa á la austera abnegación y á las dolorosas pruebas de la Cruz, ni la heroica audacia para llevar un nombre aborrecido y poner en peligro su existencia por una fe perseguida.

Contado es el número de hombres, sigue di-

ciendo el Padre Monsabré, que viven en plena luz del catolicismo, y que no conocen su historia más que por errores y calumnias. Si ellos callan por temor ó por desprecio, ¿diríase que nuestro testimonio está aislado?

Pero hay más todavía; judíos y paganos acompañan el testimonio evangélico en su marcha intrépida y vigorosa durante el curso de los primeros siglos.

El Talmud conserva el recuerdo del nacimiento del apostolado y de los milagros de Cristo, y Josefo, en sus "Antigüedades Judías," habla de la predicación, de la influencia poderosa, de las virtudes y de la muerte de San Juan Bautista.

Aunque haya sido objeto de vivas disputas, no ha podido borrarse completamente de los Anales escritos por Josefo, este importantísimo pasaje: "En este tiempo, dice el escritor, apareció Jesús, hombre de virtud grande, si es que se le puede llamar hombre. Hacía obras maravillosas, era maestro de aquellos que aman la verdad y tuvo por seguidores á muchos judíos y á muchos gentiles; á él es á quien se le llama Cristo. Pilatos, á petición de los Jefes de nuestra Nación, lo condenó al suplicio de la cruz, pero sus discípulos

le quedaron fieles. Se les apareció vivo, tres días después de su muerte como lo habían predicho los profetas. De él viene la secta de los cristianos, que subsiste hasta hoy."

Juliano, Celso y Porfirio, para quienes el aislamiento y la obscuridad de los orígenes del cristianismo hubiera sido un triunfo, proclaman su publicidad, por la naturaleza misma de los argumentos que emplean contra la divinidad de Cristo.

Lampridio nos enseña que Alejandro Severo rendía todas las mañanas un culto secreto al divino Crucificado, que Adriano quería ponerlo en el número de los dioses y que con este designio hizo edificar las *Adrianeas*, templos, sin imágenes que aguardaban á su misterioso huésped.

Chalcidio, filósofo platónico, refiere la aparición de la estrella que condujo á los sabios de Caldea á la cuna del nuevo Rey de los judíos, y Flegón, liberto de Adriano, rinde testimonio á la profecía de Jesucristo y á su cumplimiento, referente á la ruina de Jerusalén; describe en estos términos el duelo de la naturaleza á la muerte del salvador. "El cuarto año de la Olimpiada 202 hubo un eclipse de sol más grande que ninguno de los que has-

ta entonces se habían visto; á la hora de sexta la luz hizo lugar á las tinieblas, de tal modo espesas, que las estrellas aparecieron en el cielo, y un temblor hizo caer gran número de edificios."

Talus y Castor, en el primer siglo, refieren el mismo hecho.

Tácito presta el apoyo de su gran autoridad á aquellos á quienes él despreciaba; su pluma, que dice tantas cosas en tan pocas palabras, deja caer esta confesión:

"Había una *multitud inmensa* de gente odiosa que el vulgo llamaba cristianos: el autor de este nombre era Cristo, quien bajo el reinado de Tiberio fué condenado á muerte por el Procurador Poncio Pilatos."

*Una multitud inmensa* engendrada á la vida pública por un hombre llamado Cristo: he aquí la revelación de un historiador venerado.

No es, por lo mismo, cierto, como afirma el racionalismo, que el testimonio evangélico estuviere aislado, cuando así se publicaban los hechos que el Evangelio refería.

Un judío de Tarso, perseguidor á muerte de la nueva secta, milagrosamente convertido, describe, en sus cartas, á Cristo. Después de él, viene una

legión de paganos; Clemente de Roma, Ignacio, Justino, Atenágoras, Aristides, Cuadrato, Tertuliano, Minusio Félix, Arnobio y otros muchos.

Todos ellos han pasado al cristianismo en la madurez de la edad, en el esplendor de la inteligencia, en la plenitud de la libertad.

Todos han sido arrancados violentamente, por un poder sobrehumano, á los errores y pasiones en los que estaban todavía sumergidos los letrados del paganismo.

Los unos han visto, oído y tocado á los enfermos y á los muertos que Cristo había curado y había traído á la vida; los otros han leído en los archivos del Imperio el informe del Procurador Poncio Pilato sobre la vida y los milagros de Cristo.

Justino y Tertuliano no temen apelar en sus apologías á ese monumento que Tiberiomismo no podía leer sin piadosa emoción.

Todos ellos eran paganos y Pablo era judío; todos ellos hablan de Cristo y de su vida, y sus testimonios no desmerecen, porque hayan pasado, como dice Filón, de la semiluz de la ley á la claridad del Evangelio, de la incertidumbre de la filosofía á la tranquila posesión de la verdad reve-

lada, de la depravación del politeísmo á las costumbres austeras y puras del cristianismo.

El aislamiento que invocan los racionalistas más que una torpeza, es una mentira.

Dijimos que el aislamiento en que el racionalismo supone al Evangelio, más que una torpeza es una mentira.

La mentira, por perseverante que sea, no resiste á la claridad de la historia: la luz se hace sobre ella y su cínica desnudez aparece ante las espantadas miradas de aquellos á quienes había engañado.

Esto sucedió con el supuesto aislamiento de que habla el racionalismo.

Así es que la incredulidad, derrotada en ese punto, cambió de rumbo en sus objeciones.

Ya no se habla del aislamiento, sino en ese medio mundo intelectual que se contenta viviendo con los relieves del pasado.

Los sabios de la escuela incrédula cambiaron de táctica.

El Evangelio, según ellos, no es más que la poderosa elaboración de un hecho histórico y un acto

de conciencia por el cual el ser colectivo que se llama humanidad, toma posesión de una de las fases de su vida.

Esto es lo que se llama la transformación ó mito de que hablan los racionalistas y la segunda objeción que nos propusimos examinar rápidamente.

“Hay dos clases de mitos, dice el P. Monsabré, el mito histórico y el mito filosófico.

El primero transfigura los hechos, el segundo personifica las ideas.

Y la vida de Cristo, al decir de los incrédulos, como la de todos los dioses que la humanidad ha hecho entrar en los templos, es un mito histórico y un mito filosófico.

Ellos así explican la formación del mito histórico.

No se puede negar, dicen, que hace mil ochocientos años apareció un hombre de virtud singular y de genio poderoso.

Más por fanatismo que por ambición, se persuadió de que era el Mesías prometido á los Hebreos y anunciado por los profetas: bajo el imperio de esta idea, se puso á predicar una doctrina desconocida, á seducir á las muchedumbres con el dulce

encanto de su palabra y á agrupar en derredor de sí seguidores y discípulos.

La secta de los Fariseos, tan rigurosa y tan formalista, se conmovió al ver audacia tan extremada, en medio de una nación fiel hasta entonces á sus tradiciones.

Lastimada esa secta por los duros reproches que le dirigían los labios del Maestro, conspiró contra el pretendido Mesías, se apoderó de su persona ó hizo que se le condenara al suplicio de cruz.

Su cuerpo quedó en la tumba; pero su alma quedó viva en la de los Apóstoles; éstos se ponen de acuerdo, se dispersan y van á predicar por todas partes la vida y doctrina del crucificado.

En aquellos tiempos el mundo estaba atormentado por extrañas aspiraciones y sufría, sin darse cuenta de ello, por la fatalidad misma del movimiento progresivo que lo llevaba hacia sus destinos, el contragolpe de las tradiciones mesiánicas.

Jesús fué aceptado como la expresión más pura de esas aspiraciones, y su vida, pasando de boca en boca, se enriqueció, gracias al fanatismo de sus sectarios, con infinidad de detalles, entre otros, con los prodigios que á los ojos de los pueblos crédulos le dieron una fisonomía divina.



La humanidad, después de las agitaciones que había sufrido, había entrado en sí misma, había adquirido el conocimiento de sus ideas y de sus necesidades, y se traducía en un personaje típico, porque, notadlo bien, dice el Dr. Strauss, puestas en un individuo, en un Dios-hombre, las propiedades y las funciones que la Iglesia da á Cristo, se contradicen; en la idea de la especie están en armonía.

“La humanidad, continúa diciendo el Dr. Strauss, es la reunión de dos naturalezas; es el hijo de madre visible y de padre visible, de la naturaleza y del espíritu; es el taumaturgo, porque, en el curso de la historia humana, el espíritu domina completamente á la naturaleza dentro y fuera, y esta, en presencia de aquél, desciende al papel de materia inerte, sobre la cual ejerce su actividad; es impecable, porque la marcha de su desenvolvimiento es irreprochable; la mancha sólo toca al individuo, no á las especies y su historia.”

Tal es el resumen del sistema mítico: á la luz de ese sistema, Cristo no es un ser real, tal como el Evangelio lo describe.

Estas teorías, que cuesta trabajo entender, no pueden sostenerse ni ante los principios

mismos que la incredulidad invoca para apoyarlas.

El principal fundamento de estas teorías de la escuela alemana, es la analogía.

Dicen los incrédulos que todas las antiguas religiones se refieren á un hecho primordial, transfigurado por el tiempo, por la imaginación popular y por la aplicación sucesiva de movimientos reflejos, á virtud de los cuales, la humanidad adquiere el conocimiento de su estado.

De la misma manera, agregan, se ha verificado para el cristianismo.

Sometido á la ley general que precede á la genesis de los sistemas religiosos, puede considerarse como una fusión lenta y pacífica del politeísmo y del judaísmo.

Esa analogía que se invoca, y sobre la cual descansa el origen del mitismo, no existe, y basta, para demostrarlo, ponerse en presencia de la época que vió nacer el cristianismo.

Los mitos se conciben en los períodos oscuros é indecisos, por los cuales atravesó la humanidad en las primeras épocas.

Cuando no había escritura, cuando las tradiciones eran orales, fácilmente se concibe que las personalidades ilustres se escapasen á las miradas

del hombre, antes que sus rasgos quedasen fijados definitivamente y que se les revistiese, á expensas de la verdad, con falsos resplandores.

Pero cuando la escritura ha reemplazado las fluctuaciones de la tradición oral, cuando la historia sentada majestuosamente, como dice el P. Monsabré, está esperando el paso de los acontecimientos para apoderarse de ellos y fijar su fisonomía presente, á fin de que los conozcan bien los siglos futuros, el mito ni se concibe ni se explica.

Cristo apareció en la tierra, á la hora por El determinada, y cuando, como dice una frase de la Escritura, los tiempos estaban llenos.

Roma, señora del mundo, estaba en el apogeo de su grandeza; las letras, por todas partes, habían extendido sus esplendores inefables; Antioquía, Tarso, Corinto, Mileto, Efeso, Pergamo, Atenas, Alejandría, Cartago, estaban llenas de escritores que cultivaban las letras con empeño admirable, y de filósofos que asombraban á sus oyentes con la erudición de su genio.

El universo ilustrado estaba en presencia de los Apóstoles; ellos entraron á ese mundo, y no llevaban escondida su cruz en algún pliegue de

sus vestiduras para mostrarla sólo á las hordas salvajes.

Ellos la revelaban á los sabios, lo mismo que á los ignorantes, á las ciudades ilustres, como á los campos flotantes de la Scitia y de la Arabia.

Era imposible, entonces, que los Apóstoles no fueran conocidos; que sus fisonomías no quedasen perfectamente delineadas; que se escondiesen entre las sombras; y que los hombres los revistiesen con falsos resplandores á expensas de la verdad.

Era imposible el mito en la época en que apareció el cristianismo. Jesucristo nació en la época de Augusto y de Tiberio. Tiberio y Augusto no han podido pasar del estado histórico al estado de mito.

¿Por qué, entonces, en esa misma época había de pasar Cristo del estado histórico al estado de mito?

La analogía se vuelve, sin duda, contra los incrédulos de la escuela alemana que la invocan y confirma el testimonio que pretenden destruir en su nombre.

El mito evangélico carece de analogía; también carece de inventores.

Los racionalistas afirman que la sociedad ha hecho crecer el hecho original del cristianismo con sus continuas invenciones y con las ideas que ha ido formando la imaginación del pueblo.

¿Cuál es la sociedad que ha realizado la elaboración de ese mito? ¿La sociedad pagana, la judía ó la cristiana?

Peró la sociedad cristiana ¿cómo se ha formado?

Despojado Cristo por los racionalistas de la divinidad de su persona, suprimidos por ellos los milagros y las profecías, queda colocado el Salvador del mundo en la misma condición, cien veces repetida en la historia, de los hombres que enseñan en su propio nombre y fundan esa escuela.

Es decir, queda el hecho de la fundación del cristianismo como un hecho común, semejante á los que la historia refiere muchas veces.

Ella con su elocuencia severa ha revelado al mundo cuál ha sido el éxito de esas fundaciones puramente humanas.

Hoy mismo, de las escuelas fundadas en los tiempos antiguos y de los genios que las establecieron, apenas queda el nombre.

Contrario á estas lecciones de la historia, el hecho banal de la fundación del cristianismo, tal

como lo presentan los racionalistas, hace agrupar en derredor suyo á una multitud inmensa de toda edad, de todo sexo, de toda condición, de toda nacionalidad, de todo carácter, de toda preocupación; una inmensa muchedumbre que abandona los altares de Jehová y de Júpiter, sistemas ya formados, doctrinas envejecidas, para adoptar un sistema y una doctrina sin precedentes; una inmensa muchedumbre que sale con plena voluntad de un formalismo estrecho, de una corrupción infecta, para entregarse á la disciplina severa de las pasiones y á la imitación dolorosa de un hombre de dolores.

Sólo un poder divino podía realizar este hecho: es el único en la historia; no tiene ejemplo, no tiene semejante

¿Cómo, entonces, esa sociedad que sólo podía nacer al impulso omnipotente de un poder divino, ha podido ser la que inventara ó formara á ese hombre en sentir de los racionalistas que realizó maravilla tan estupenda?

Más claro, Cristo solo, tal como es hoy, tal como los Evargelios lo revelan, es decir, un Cristo Dios y Hombre, puede explicar la existencia de la sociedad cristiana: la sociedad cristiana, según los